

ternándose hácia el norte, entraron á espacuosas y amenísimas vegas y selvas, que tenían todo el magnífico esplendor de la vegetacion de los trópicos. El ramage de árboles altísimos, estaba entrelazado con las hojas de la viña, cargada de racimos de encendida púrpura y con variadísimos convúlvulos y varias plantas parásitas de los mas variados y ricos colores. A la sombra de la zábila espinosa se entretegian las rosas silvestres con la madreSelva, formando enramadas y bosquecillos casi impenetrables. En aquella hermosura de botones y de fragantes rosas, saltan y se rebullen millares de pájaros de la familia de los papagallos, nubes de mariposas cuyos colores vívidos y hermosos, que en ninguna parte lo son mas que en la tierra-caliente, rivalizan con los del reino vegetal, y otras mil aves canoras, como el escarlata cardenal y el cenzontli, cuyos trinos reproducen todas las notas de la música de las selvas, llenando el aire de deliciosas melodías. El corazón de los duros conquistadores no era fácil de conmoverse al aspecto de tales bellezas de la naturaleza; pero el encanto mágico de aquellos paisajes les arrancó expresiones de placer y de delicia; y al pasar por aquel paraíso terrestre, como ellos le llamaban á aquel país, se complacian en compararlo con las mas bellas regiones de su tierra natal.¹

¹ Gomara, Crónica, cap. 32; apud Barcia tom. II. Herrera, Hist. General, Dec. 2, lib. 5, cap. 8. Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 1.

Quando ya estaban al llegar á la ciudad, vieron signos bastantes de cultivo en los jardines y vergeles que habia á los lados del camino. Encontraron varias partidas de indios de ambos sexos, que aumentaban en número mientras mas se internaban. Las mujeres y los hombres se revolvian confiadamente con los soldados: traian sartas y coronas de

«Muy hermosas vegas y riberas tales y tan hermosas, que en toda España no pueden ser mejores, así de apacibles á la vista, como de fructíferas» (Carta de Veracruz MS.) El siguiente apóstrofe de Lord Morphet á los paisajes de Cuba, tan parecidos á los de la tierra-Caliente, darán al lector una idea mas animada de la hermosura de aquellas regiones abrasadoras, que pudiera hacerlo mi pluma prosaica. Los versos que siguen, inéditos hasta ahora, darán tambien una idea de los generosos sentimientos propios de su noble autor.

«Salve, mil veces salve, hermosos bosques
 Donde reina verdor inmarcesible;
 Do se eleva la palma magestuosa;
 Do el azahar esperece su fragancia;
 Do los ligeros juncos se entretejen,
 Y su anchurosa sombra de la ceiba!
 ¡Salve, mil veces salve, bello cielo
 De azul perenne y de eternal pureza;
 Do á los rosados tintes de la tarde
 Sigue el zafir purísimo y sereno
 De oscura noche, y en el claro dia
 Terso y brillante azul tinte los cielos!
 No me acordeis que de la patria mia
 Pálida y turbia es la region etérea:
 No me acordeis que de la patria mia
 En balsámico ambiente no se mecen
 De rica caña los extensos campos;
 Que aunque aquí en torno al miserable esclavo,
 Esplendente, magnífica natura
 Su gloria ostenta, la virtud fallece
 Y míseros los hombres,
 Tímidos no osan desplegar el lábio.»

flores con las cuales adornaron el cuello del corcel de Cortés, y pusieron una guirnalda de rosas en su yelmo. Las flores formaban la delicia de aquel pueblo: tenían gran esmero en su cultivo, al cual se prestaba perfectamente la naturaleza del clima, que siendo á la vez cálido y húmedo, estimulaba al terreno para que produjese todo género de vegetales. La misma afición á las flores tenían los belicosos aztecas; y la misma han conservado, aun en medio de su degradación, las generaciones de nuestros días.¹

Muchas de aquellas mujeres parece que pertenecían, según era su rico traje y numeroso séquito, á las principales familias. Estaban cubiertas de túnicas de finísimo algodón y de ricos colores, que les bajaban desde el cuello, y entre la clase baja, desde la cintura hasta los tobillos. Los hombres vestían una especie de capa á la morisca y un ceñidor ó cinturón. Tanto las unas como los otros, llevaban al cuello adornos de oro, y zarcillos del mismo metal en las orejas y narices que estaban taladradas.

Poco antes de que llegase la comitiva á la ciudad, se revolvieron algunos de la caballería que se habían adelantado, y trajeron á sus compañeros la pla-

¹ Uno de los viajeros modernos, cuyas narraciones son más deliciosas, observa que los mexicanos de hoy tienen la misma afición á las flores que los mexicanos de tiempo de la conquista. «Esta afición formaba una rara anomalía, nota la misma escritora, con el culto sanguinario y los bárbaros sacrificios de aquel tiempo.» Residencia en México de la Sra. Calderon de la Barca, vol. I, carta 12.

centera noticia de que “se habían aproximado á las puertas de las casas lo bastante para percibir que las paredes estaban cubiertas de láminas de plata pulida.” Al entrar en la plaza, vieron que lo que les había parecido plata, no era otra cosa más que estuco blanco y brillante, con el cual acostumbraban cubrir los edificios principales. Semejante hallazgo, dió asunto á amargas sátiras de los soldados contra sus crédulos camaradas. Esta fácil credulidad era hija de que su exaltada imaginación quería encontrar en todas partes oro y plata.¹ Las mejores casas estaban hechas de cal, piedra y ladrillos secados al sol; las más humildes eran de adobe: unas y otras estaban techadas con hojas de palma, que aunque á la vista parecía ser un techo muy malo, estaban entrelazadas de manera que ofrecían seguro abrigo contra la intemperie.

Cuéntase que la ciudad tenía de veinte á treinta mil habitantes: este es el cómputo más moderado y el más verosímil.² El pequeño ejército atravesó len-

¹ «Con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro en lo que relucía.» Gomara, Crónica, cap. 32, apud Barcia, tom. II.

² Este es el cálculo de Las-Casas, Hist. de las Ind., MS., lib. 3, cap. 121. Torquemada oscila entre veinte, treinta y ciento cincuenta mil; y en diversos lugares de su obra trae estos tres números diferentes. (Clavijero, Hist. del Messico, tomo III, pág. 26, nota.) Este lugar fué abandonado después de la conquista, seguramente para ocupar otros, situados de un modo más favorable al comercio. Las ruinas de la ciudad todavía subsistían á fines del siglo pasado. Véase á Lorenzana, Hist. de la Nueva-España, pág. 39, nota.

ta y silenciosamente las estrechas y ahora concurridas calles de la ciudad de Zempoalla; sin dejar traslucir el grande asombro que les causaba encontrar una policía y un adelanto tan superior á quanto hasta entonces habian visto en el Nuevo Mundo.¹ El cacique salió á recibirles al frente de su palacio. Era aquel hombre obeso y corpulento, y andaba apoyándose en dos criados. Recibió á Cortés y á sus compañeros con gran miramiento, y despues de trocar con ellos algunos cumplimientos, señaló para que se acuartelasen los españoles, el templo inmediato, en el cual habia un gran patio, al que iban á abrirse numerosos aposentos muy cómodos para el alojamiento de los soldados.

Luego abastecieron abundantemente á los españoles con varios comestibles, con guisados hechos al uso del país y con tortillas de maíz. El general recibió además de parte del cacique un rico regalo que consistia en cosas de oro y en telas de algodón. A pesar de tan amistoso recibimiento, no relajó él su vigilancia habitual, ni descuidó de tomar todas las precauciones tomadas entre buenos soldados. Durante el viaje habia traído á sus tropas formadas en orden de batalla y prevenidas contra cualquiera sorpresa: ahora, apostó sus centinelas en los lugares

1 «Porque viven en mas política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se ha visto.» Carta de Veracruz, MS.

convenientes, situó su artillería de manera que estorbaba la entrada al patio, y prohibió que saliesen de él los soldados sin orden suya, so pena de muerte.¹

A la mañana siguiente fué acompañado de cincuenta de los suyos, á pagar al cacique su visita en su misma casa. Era esta un edificio de cal y canto, situado sobre un terraplen, al cual se subia por una escalera de varias gradas: se asemejaba en la construcción á algunos de los antiguos edificios de la América Central. Cortés dejó á sus soldados en el pátio y entró en el aposento del cacique, acompañado de uno de sus capitanes y de su querida Marina.² Eatablóse una larga conversacion, de la cual sacó el geneaal español grandes noticias acerca del estado del país. Dijo desde luego al cacique, que era vasallo de un gran monarca que estaba mas allá de los mares, el cual le habia enviado á las playas aztecas, á abolir el inhumano culto que allí se profesaba, y á propagar el conocimiento del verdadero Dios. —A esto respondióle el cacique: que sus dioses, á quienes eran deudores de la luz y de las lluvias, eran sobradamente buenos para ellos: que él tambien era tributario de un monarca poderoso, cuya corte estaba á orillas de un lago, á gran distancia de

1 Las-Casas, Hist. de las Ind., lib. 3, cap. 121. Carta de Veracruz, MS. Gomara, Crónica, cap. 33, apud Barcia, tomo II. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1º

2 Los historiadores españoles dan generalmente á aquella india el cortés tratamiento de *Doña*.

los montes: que era un príncipe cruel, desapiadado para cobrar los impuestos, y que en caso de recibir la mas leve ofensa, podia vengarla llevándose á las doncellas y á los niños para sacrificarlos á sus deidades.—Cortés le aseguró que no consentiria él que se repitiesen tamaños atentados: que su soberano le habia enviado allí precisamente para deshacer agravios y castigar á los opresores:¹ que si los totonecas le guardaban fé, él les ofrecia romper el detestable yugo de los aztecas.—El cacique añadió, que el territorio totoneca estaba formado de cerca de cien ciudades y pueblos, y que podia contar con cien mil guerreros, (lo que era muy exsagerado).² Otras provincias hay del imperio, añadió, en que es igualmente odioso el gobierno de los aztecas; y entre nosotros y la capital, media una república guerrera que siempre se ha mantenido inpediente de México. Vuestra fama os ha precedido, y no me es desconocida vuestra terrible victoria en Tabasco. Mas con todo, miro con temor y sobresalto un rompimiento con el "gran Moteuczóma" (epíteto que nunca dejaba de darle), cuyos ejércitos pueden á la menor

1 «No venian sino á deshacer agravios y favorecer los presos, ayudar á los mezquinos y quitar tiranías.» Gomara, Crónica, ubi supra. ¿No parece al oír este lenguaje, que está uno leyendo las aventuras de «Don Quijote de la Mancha» ó de «Amadis de Gaula?»

2 Ibid, cap. 36.

Cortés en esta segunda carta al emperador Carlos V, estima en 50,000 el número de los hombres hábiles para la guerra. Relacion 2ª, apud Lorenzana, pág. 40.

provocacion, desatarse desde las montañas del Occidente, y con la furia de un huracan arrastrar á nuestro mísero pueblo, á la servidumbre y á sacrificio."

Cortés trató de tranquilizarle, diciéndole que un solo español era mas fuerte que toda una hueste de aztecas: que él deseaba saber qué naciones querian ayudarle, no tanto en provecho de él, como de ellas, pues que le importaba distinguir á los amigos del enemigo, y saber á quién debia perdonar en la guerra de exterminio que se preparaba á emprender. Despues de haber tranquilizado al asombrado gefe, con aquella excelente y bien calculada bravata, se despidió de él afectuosamente y le aseguró que en breve volvería para que concertasen sus ultteriores providencias; pues entretanto iba á visitar á su flota que habia dejado en el puerto contiguo, y á proporcionarle donde estuviese segura y abrigada.¹

Lo que acababa de saber causó gran satisfaccion á Cortés: se confirmó en sus primeros planes, conoció que el interior del país era mucho mas débil de lo que se habia figurado. Si poco antes habria osado intentar la destruccion del imperio azteca, armado solo su brazo de caballero errante, ¿qué podria temer ahora que podia sublevar á media nacion pa-

1 Las-Casas, ubi supra. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 81. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1º

ra combatir con la otra media?... En el calor de aquel momento, su alma ardiente experimentó esa especie de entusiasmo que hace arrostrar con todos los obstáculos. Comunicó sus pensamientos al oficial que le acompañaba, y aun desde antes de dar un solo golpe, ya se imaginaba ver el pabellon de España, ondeando victorioso sobre las torres del palacio de Moteuczóma! ¡Mas en cuántos sangrientos combates tenían que pelear, cuántas privaciones y riesgos tenían que vencer antes de que pudiese realizarse tan atrevido pensamiento!

Al día siguiente despues de despedirse del indio hospitalario, emprendieron los españoles su camino para Chiahuitzla,¹ distante de allí cosa de cuatro leguas, cerca de donde estaba el nuevo puerto descubierto por Montejo, y donde á la sazón estaban ancladas las naves. El cacique les dió cuatrocientos cargadores, llamados *tamanes*, para que trasportasen los bagages. Los tales hombres bien cargaban caminando cinco ó seis leguas diarias, sus cincuenta libras. Usábase este medio de transporte en todo el imperio mexicano; y á los españoles fué despues muy útil, pues les alivió de una de las mas pesadas cargas del servicio militar. Los españoles atravesaron en su vuel-

¹ Con la ayuda de Clavijero, que era mexicano, es fácil rectificar numerosos yerros de ortografía que se encuentran en los antiguos escritores. Solís y Robertson llaman los dos á este lugar *Quiabislan*. Pero ciertamente son perdonables tales yerros tratándose de nombres tan bárbaros.

ta el mismo fértil y ameno país que habian traído, y llegaron á la madrugada del día siguiente á la ciudad india, asentada en una triste y rocallosa eminencia que dominaba el golfo. Casi todos los habitantes habian huido, excepto quince de los principales que se habian quedado, los cuales recibieron amigablemente á los españoles, ofreciéndoles sus cumplimientos de costumbre, que eran flores é incienso. El resto de los habitantes fué volviendo poco á poco, al paso que fueron perdiendo el miedo. Mientras Cortés estaba conversando con los gefes, llegó el digno cacique de Zempoalla, á quien habian traído en una litera: al punto tomó parte en la conferencia, por lo que confirmó Cortés sus ideas sobre la grandeza y recursos de la nacion totoneca.

En medio de la conversacion vino á interrumpirla un movimiento súbito de la gente y la entrada de cinco personas en la plaza en que estaban hablando. Por su altivo porte, por su peculiar y riquísimo vestido, parecia que no eran de la misma tribu que los totonecas. Tavian el cabello negro y lacio, y anudado en la coronilla: traian ramilletes de flores en las manos, estaban seguidos de muchos criados, algunos de ellos con varas con cerdas, y otros con abanicos para espantar las moscas y demas insectos que molestaban á sus amos. Al pasar por la plaza, apenas se dignaron de echar una mirada desdeñosa sobre los españoles, casi sin contestar á sus saluta-

ciones. Inmediatamente se les acercaron en gran confusión los gefes totonecas, que á porfía se empeñaban por dispensarles toda especie de atención y miramiento.

El general preguntó muy asombrado á Marina: ¿qué significaba aquello? Ella le informó de que eran unos nobles aztecas, autorizados por Moteuczoma para recoger el tributo. Poco despues regresaron los gefes, con el desaliento pintado en el semblante: confirmaron lo que habia dicho Marina, y añadieron que los aztecas se habian indignado mucho de la amistosa acogida que les habian dado á los españoles, sin permiso del emperador, y que exigian en expiacion de aquel delito, que les fuesen entregadas veinte víctimas entre varones y hembras para sacrificarlas á los dioses. Cortés mostró toda la indignacion que le causaba tamaña insolencia: previno á los totonecas que no solo se rehusasen á aquella pretension, sino que aprehendiesen á los recaudadores y se los trajesen á su presencia. Al principio se resistian los totonecas; mas Cortés lo exigió tan perentoriamente, que por último no pudieron menos que apoderarse de las personas de los nobles aztecas, atarles de piés y manos y ponerles bajo una guardia que les custodiase.

En la noche procuró el general español la fuga de dos de los prisioneros, é hizo que se los trajesen secretamente. Espresóles cuánto sentia la infamia que

los totonecas habian cometido con ellos: díjoles que él les proporcionaria la manera de escaparse, y que al dia siguiente solicitaria la libertad de los otros compañeros: encargóles que hiciesen presente á su monarca el miramiento que los españoles les habian guardado, bien que aquel habia tenido la poca generosidad de dejarles perecer de hambre en sus áridas playas: envióles en seguida al puerto para que por agua les condujesen á otro puerto, de miedo de que los totonecas cometiesen alguna nueva tropelía. Estos se indignaron al saber la fuga de los dos prisioneros, é indudablemente hubieran sacrificado á los restantes en el instante mismo, á no ser por la interposicion del comandante español, que mostró el mayor horror al escuchar tal propósito, y que les mandó que enviasen á los que habian quedado, bajo una buena custodia, á bordo de las naves. Poco despues les permitió ir á reunirse con sus compañeros. Esta artera conducta, tan característica en la política de Cortés, hizo en Moteuczoma todo el efecto que aquel se habia esperado. Ciertamente que no se puede decir que tal proceder fuese nada caballeroso; pero ¡sin embargo no han faltado entre los historiadores españoles quienes lo alaben y canonicen!¹

¹ «Grande artífice, exclama Solís, de medir lo que disponia con lo que reelaba; y prudente capitán el que sabe caminar en alcance de las contingencias.» Conquista, lib. 2, cap. 9.

De orden de Cortés se mandaron mensajeros á todas las ciudades totonecas para referirles lo que habia pasado, y prevenirles que no siguiesen pagando tributo á Moteuczoma; mas no se necesitaba de tales mensajeros, porque los aterrorizados sirvientes de los señores aztecas huyeron en todas direcciones esparciendo la nueva, que cundió como el fuego por todo el país, de la tremenda ofensa que acaba de sufrir la majestad de México. Los atónitos indios, embriagados con la dulce esperanza de recobrar su libertad, acudian en tropel á Chiahuitztlá, á ver y á conferenciar con los formidables advenedizos. Los mas tímidos, desalentados al pensar que iban á provocar la ira de Moteuczoma, le enviaron una embajada para hacerle presente con cuánto desagrado habian visto aquellos efímeros desmanes; mas los amaños de Cortés les habian privado de toda esperanza de alcanzar perdon.

Después de vacilar por algun tiempo se decidieron á abrazar la proteccion de los españoles y á esforzarse resueltamente por conquistar su libertad. Los gefes totonecas juraron debida obediencia y vasallage á los soberanos católicos; de lo cual tomó razon en debida forma el notario público Godoy. Satisfecho Cortés de haber ganado tantos vasallos á la corona de España, se encaminó poco después para el puerto designado, prometiendo antes de partir que volveria á Zempoalla, donde solo habia des-

empeñado parte del asunto que á este país lo trajera.¹

El lugar elegido para erigir la nueva ciudad, solo distaba media legua de Chiahuitztlá: estaba situado en una fértil y extensa llanura, y ofrecia regular abrigo para los buques. Cortés designó desde luego el circuito de las murallas, el lugar donde se debia construir la fortaleza, el granero, las casas municipales, el templo y todos los demas edificios públicos. Los indios cooperaron á su fábrica, trayendo los materiales como piedra, cal, madera y ladrillos secados al sol. Todo el mundo puso manos á la obra: el general mismo trabajaba en medio de los soldados para estimularles con el ejemplo y con el mandato. Dentro de pocas semanas quedó concluida la obra y erigida una ciudad, que si no enteramente digna del altisonante nombre que tenia, sí servia para mas de aquello á que habia sido destinada. Sirvió, efectivamente de punto de apoyo para las futuras operaciones militares: de retiro para los soldados inválidos y aun para todo el ejército en caso de derrota: de depósito de todas las mercaderías recibidas ó enviadas á la madre patria: de puerto para estacionarse, y de fortaleza bastante para dominar toda aquella comarca.²

¹ Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 81. Rel. 2.^a de Cortés, en Lorenzana, pág. 40. Gomara, Crónica, cap. 36. Bernal Diaz, op. citato, caps. 46, 47. Herrera, Hist. General de las Ind., dec. 2, lib. 5, caps. 10, 11.

² Carta de Veracruz, MS. Bernal Diaz, op. cit., cap. 48. Ovie-

Esta fué la paimera colonia, la madre fecunda de tantas otras en Nueva-España. Se le contemplaba con placer por los indios, que bajo su sombra esperaban alcanzar descanso y amparo. ¡Ah! ellos no podian leer el porvenir; que entonces, no se habrian complacido en ver aquel precursor de una revolucion mas tremenda que cuantas les habian predicho sus bardos y profetas! ¡No era el buen Quetzalcoatl quien debia volver á recobrar su patria, trayendo por compañeros la paz, la libertad y la civilizacion! ¡Verdad es que sus cadenas iban á ser quebrantadas y sus agravios vengados con usura sobre los soberbios aztecas; pero lo iban á ser por aquel brazo terrible que debia arrasarse igualmente al opresor y al oprimido! ¡La luz de la civilizacion iba á inundar aquel suelo; mas aquella luz era tambien un fuego abrasador, que debia palidecer y extinguir el brillo de su gloria guerrera, de sus instituciones y de su nombre! ¡La sentencia de muerte de la nacion habia sido sellada por la mano del blanco al asentar la planta en aquel suelo!

do, Hist. general de las Ind., lib. 33, cap. 1. Declaracion de Montejó, MS. No obstante las ventajas de su situacion, á poco de la conquista abandonaron los españoles la Villa Rica y se fueron á un lugar que está hácia el Sur, no lejos de la desembocadura del rio de la Antigua. Este segundo establecimiento era conocido con el nombre de «Veraacruz la vieja.» A poco tiempo, en el siglo XVII, dejaron tambien este lugar, por el llamado hoy «Veraacruz la nueva.» (Humboldt, Essai politique, tom. II, pág. 210.)

CAPITULO VIII.

Otra embajada azteca. — Destruccion de los ídolos. — Relacion mandada á España. — Conspiracion en el campamento. — Destruccion de la flota.

(1519.)

Cuando mas ocupados estaban los españoles en la fundacion de la ciudad, llegó otra embajada del monarca azteca. La noticia de la prision de los colectores de las contribuciones, habia cundido rápidamente por todo el país, y cuando llegó á la capital todos quedaron asombrados de la imprevista osadía de los extranjeros. Moteuczoma olvidó todos sus otros sentimientos, aun el del miedo y se entregó á la mas viva indignacion; desplegando toda su acostumbrada energía en los vigorosos preparativos que hizo al punto para castigar á sus vasallos rebel-